

SHAKESPEARE EN EL BOLSILLO

En un sentido estrictamente escénico, el panorama teatral sigue siendo desalentador en Catalunya. Las producciones autóctonas son cada día más escasas, el Ministerio de Cultura renueva a su titular pero mantiene su conocida política consistente en gastarse casi todo el dinero teatral cerca de casa.

Por otro lado, persiste la incertidumbre por lo que respecta a las posibilidades municipales y la total impotencia de la Generalitat, dominada a partir de ahora por un partido que jamás ha publicado ni una sola línea sobre una posible actuación en el campo teatral. Y si se confirman los rumores, la Caixa, para dar variedad al asunto, se dispone a montar de nuevo aquel «Canigó» de Verdaguer-Polls que ni siquiera los críticos más benévolo pudieron salvar, y cuya producción y explotación costó una verdadera fortuna.

Pero si, sin abandonar el teatro, nos alejamos de los escenarios aparece algún hecho más positivo. Uno de ellos es la publicación, tras largos años de espera, de las valiosísimas traducciones que Josep M. de Sagarra realizó de la obra casi completa de William Shakespeare. Se ha llegado a decir, incluso, que son las mejores versiones (no en el sentido de adaptación, sino en el de verter) que jamás se han hecho en cualquier idioma. No creo que nadie esté en condiciones de sustentar tamaña afirmación, y mucho menos de justificarla documentalmente. Pero la unanimidad es absoluta en considerar que Sagarra llevó a cabo un trabajo excelente porque supo unir a su condición de poeta su oficio teatral. A di-



«La Caixa» volverá a promocionar este impresentable «Canigó», pero a cambio subvenciona una de las obras con más prestancia dentro de la cultura catalana: Shakespeare traducido por Sagarra

ferencia de otras traducciones igualmente solventes desde el punto de vista técnico, las de Sagarra pueden ser llevadas a la escena sin retoque alguno. Son textos para lector, pero sobre todo para actor o, si se quiere, para leerlas en casa en voz alta.

RESULTABA difícil hacerlo hasta hoy porque sólo se encontraban en el mercado nueve de las traducciones y, además, en una edición cara —aunque her-

mosa— de Editorial Alpha. Una iniciativa conjunta de la Diputación Provincial de Barcelona y de Editorial Bru-guera, con el asesoramiento técnico del Institut del Teatre está poniendo ahora a estos Shakespeares-Sagarra al alcance de las economías más modestas dentro de la «Col·lecció Popular de Teatre Clàssic Universal», en formato de bolsillo. El precio es realmente espectacular: ciento cincuenta pesetas. Más aún, luego no es necesario gastar en oculistas lo que se ha ahorrado en librería, como tantas veces ocurre con las colecciones báratas. Este Shakespeare sale barato porque está financiado públicamente.

SE podía pensar que se trataría tal vez de una operación de prestigio, a pérdida. La ciudadanía se encarga de que este pronóstico no se cumpla. En pocas semanas se ha vendido más de la mitad de la edición de los cuatro volúmenes publicados hasta hoy (1), y ello es tanto más inusual cuanto que la tirada supera en mucho la media en el mercado catalán. Resulta que la gente deseaba leer a Shakespeare. Alegrémonos todos, porque Shakespeare sigue siendo la más brutal y completa iniciación al teatro.

Jaume Melendres

(1) 1. «Romeo y Julieta»; 2. «Otel·lo»; 3. «Un somni de nit de Sant Joan» (A Midsummer-Night's Dream); 4. «Macbeth».

EL MONO ABRACADABBRANTE

De una casa sobre un acantilado en el mar Cantábrico a la jaula del Gran Gorila custodiado no por Terry Moore sino por Sam Peckinpah y su gang. Gorilla at large o «Gorila en Hollywood», el último libro de relatos de Gonzalo Suárez, un puente tendido entre Asturias y California.

ESTABA dando un paseo por el zoológico. Al pasar junto a la jaula del gorila, vi que el gorila era Gonzalo Suárez.

—¿Cómo es posible? —me dije, pero antes de asombrarme de todo, una potente voz de borracho gritó en inglés (si aquella jerga pastosa de sierra mecánica podía llamarse inglés):

—¡Corten! Echad a ese intruso hijo de puta de aquí.

Bueno, allí estaba nada menos que Sam Peckinpah, con una botella de Bourbon en la mano y una pistola en la otra, tambaleándose y con toda la apariencia de querer volarme las orejas de un tiro. Dos matones de mejillas sonrosadas vi-

nieron hacia mí en cámara lenta, pero entonces, un gigantesco gorila que estaba sentado en una silla con el nombre de Gonzalo Suárez escrito en el respaldo levantó su peluda zarpa y los detuvo a todos.

Noté una fría gota de sudor en mi sien. Tragando saliva, acerté a balbucir:

—Yo sólo he venido al zoo a ver a las jirafas.

Peckinpah, con un repentino cambio de actitud, me tendió la botella amigablemente y me dijo.

—Esto no es un zoológico, capullo, es un plató de rodaje.

—De la Metro, en Hollywood —terció Gonzalo Suárez desde detrás de la jaula.